

su primera mujer. La muchacha, muy triste, también recuerda. Las reminiscencias vuelven siempre en relación a las cosas placenteras: una larga caminata por la campiña otoñal; momentos íntimos de música, de silencio y adoración. No obstante, Adam se pregunta:

¿Crees que cuando llegue el milenio no habrá amantes que se aburran de sus muchachas tristes, o que las esposas no van a llorar frente a las camas vacías? Aun cuando se construya Jerusalén, los amigos se separarán y las madres se lamentarán porque sus hijos se hacen grandes.

¿Quieres que me emocione por los niños que tienen hambre? Me emocionan. ¿Quieres que proteste por las guerras que hay en las montañas? ¡Protesto! Pero el corazón tiene sus propios dolores. Debes permitirle al corazón que tenga sus propios dolores. Ninguna de las grandes y buenas causas de este mundo pueden impedirme llorar por un amor que pasa<sup>7</sup>.

Termina la historia al aproximarse el invierno. Sienten que el frío va dominándolo todo. Nada ya hará entibiar sus vidas, las últimas hojas del otoño no quieren encenderse.

El esfuerzo artístico de Arnold Wesker ha logrado su objetivo con amplitud y profundidad.

ENRIQUE SANDOVAL GESSLER

JORGE IBARGÜENGOTTIA: LOS RELAMPAGOS DE AGOSTO, novela. Ed. Joaquín Mortiz, Serie del Volador, 1965. Premio Casa de las Américas, 1964.

Desde hace varias décadas, uno de los temas inagotables para los novelistas mexicanos ha sido su revolución. Sus batallas, sus hechos, sus figuras principales, sus objetivos y principios han encontrado en la novela variadas interpretaciones a través de varias generaciones de escritores. Azuela, en *Los de Abajo*, criticó duramente algunos aspectos negativos de los acontecimientos revolucionarios; Rafael Muñoz la abordó en sus novelas *Se llevaron el Cañón para Bachimba*, *Vámonos con Pancho Villa*, y en su colección de cuentos *El Feroz Cabecilla*; Martín Luis Guzmán, en *El Aguila y La Serpiente* —que no es una novela, sino un libro de memorias— reflejó sus experiencias directas con líderes revolucionarios como Carranza y Pancho Villa. Los novelistas de las promociones posteriores están enfocando la revolución desde otros ángulos. Si no tuvieron la experiencia viva del proceso revolucionario —como Azuela y Guzmán—, han tenido, sí, la posibilidad de verlo con la perspectiva del tiem-

<sup>7</sup>*The Four Seasons*, pág. 56

po, evaluando críticamente la distorsión de los principios y los objetivos que la revolución se había impuesto. Carlos Fuentes es quien mayor jerarquía ha alcanzado de estos novelistas nuevos.

*Los Relámpagos de Agosto*, de Jorge Ibarguengoitia, es una de las novelas más recientes que tratan de la revolución mexicana. El autor ha buscado otro lente para observar el fenómeno, respondiendo, según Italo Calvino, "a la necesidad de mirar el pasado con ojos nuevos", ha buscado la sátira como método para expresar una serie de hechos que, sin ser en sí jocosos, tienen su lado cómico y, más, aparecen ridiculizados por el tono de la narración. El narrador es un general revolucionario que afirma —en un breve prólogo de media página que insinúa el tono del libro— manejar "la espada con más destreza que la pluma". La novela está escrita como falsas memorias y, la verdad, siguiendo el juego, diríamos que el general está equivocado, que maneja mejor la pluma que la espada, pues podríamos definir sus memorias como la sucesión de sus *gaffes*. En realidad, en cada página nos asalta la sensación de que el general Guadalupe Arroyo se ha levantado (todos los días) con el pie izquierdo. Pero no son sólo sus *gaffes*, sino también su mala estrella. La historia comienza en 1928, cuando Guadalupe Arroyo, que por entonces

*disfrutaba yo de las delicias de la paz hogareña, acompañado de mi señora esposa (Matilde) y de la numerosa prole que entre los dos hemos procreado (p. 11).*

recibe una carta del Presidente electo, llamándolo a cumplir el cargo de Secretario Particular. Ahí comienza su mala fortuna: antes de finalizar el viaje en tren a la capital, conoce la noticia de la muerte de quien lo llamara. Es el primer golpe de una larga serie que hacen a Arroyo quejarse con cierta cómica amargura:

*En este capítulo voy a revelar la manera en que la pérfida y caprichosa fortuna me asestó el segundo mandoble de ese día (p. 17).*

*Fue entonces cuando empezó mi segunda racha de desventuras (p. 42).*

*Hice por enésima vez el viaje a la Capital de la República, sin darme cuenta de que, como todos los anteriores, sería otro paso en mi acelerada trayectoria hacia la catástrofe (p. 47).*

*Yo llegué a Santa porque, como ya he dicho, en esos días todo lo hicimos mal (p. 105).*

Así, de aquel golpe inicial parte la carrera hacia la catástrofe. Vienen conciliábulos entre generales, traiciones de unos a otros (*Es cierto que Vardomiano, cuando supo que les venía encima Macedonio Gálvez, y vio*

que nosotros no teníamos para cuándo, decidió pasarse del lado de los Federales) (p. 103), luchas por el poder, capitulaciones oportunistas, batallas con muertos, presos y fusilados, acciones inútiles y una sarta de intrigas.

El general Guadalupe Arroyo es un narrador simpático. Cuenta con cierto tono inocentón, cierta candidez, hechos tras los cuales van surgiendo sus propias —así como las de otros personajes— deficiencias en cuanto a revolucionario, su falta de principios sólidos, de ideología clara, su ambición, etc. Muestra también esa curiosa cualidad de tergiversar ingenuamente el verdadero móvil de muchas acciones o la verdadera faz del hecho:

*No vaya a pensarse que el mejoramiento de mi posición era el motivo de mi alegría (aunque hay que admitir que de Comandante del 45 Regimiento a Secretario de la Presidencia hay un buen paso), pues siempre me he distinguido por mi desinterés. No, señor. En realidad, lo que mayor satisfacción me daba es que por fin mis méritos iban a ser reconocidos de una manera oficial. Le contesté a González telegráficamente lo que siempre se dice en estos casos, que siempre es muy cierto: 'En este puesto podré colaborar de una manera más efectiva para alcanzar los fines que persigue la Revolución' (p. 13).*

El general se dice desinteresado y demuestra que no lo es. Un poco más adelante encuentra en el tren a un revolucionario caído en desgracia quien le pide no denuncie su identidad:

*Yo le contesté airadamente que me insultaba pidiéndome tal cosa, puesto que siempre me he distinguido por mi carácter bonachón, mi lealtad para con mis amigos, y mi generosidad hacia las personas que están en desgracia. Abusando de esta aclaración, apenas acababa de hacerla yo, cuando me pidió trescientos pesos. Me negué a dárselos. No porque no los tuviera, sino porque una cosa es una cosa, y otra cosa es otra (p. 15).*

Aquí, Guadalupe Arroyo se dice generoso y demuestra no serlo. El quiere mostrar la imagen que tiene de sí mismo, pero inevitablemente va surgiendo la imagen de lo que en verdad es. Ya en el prólogo, el general ha explicado la razón para escribir sus memorias:

*deshacer algunos malentendidos, confundir a algunos calumniadores y poner los puntos sobre las íes sobre lo que piensan de mí los que hayan leído las memorias del Gordo Artajo, las declaraciones que hizo al Heraldo de Nuevo León el malagradecido de Germán Trenza, y sobre todo, la Nefasta Leyenda que acerca de la Revolución del 29 tejió, con lo que se dice ahora muy mala lechê, el desgraciado de Vidal Sánchez. (p. 9).*

Quiere dar su propia versión de los hechos que sus camaradas de armas habrían desvirtuado. Por esto, a lo largo del libro hay diversas alusiones a esas versiones "desfiguradas". En una reunión donde han de decidirse importantes asuntos y se propone persuadir a la Cámara que anule un inciso de la Constitución, porque impide el ascenso al poder de uno de los participantes, el General Arroyo dice:

*...dije exactamente lo siguiente: —Nosotros estaremos en la galería para brindarte nuestro apoyo moral—. Y no, como afirma el Gordo Artajo en sus Memorias: 'Nosotros rodearemos la Cámara con nuestras tropas y obligaremos a los diputados a declarar en receso la Constitución, por improcedente' (p. 24).*

Quiere, como quien dice, limpiarse de todo pecado y mostrarse como un ejemplo que, evidentemente, no fue.

De fracaso en fracaso, termina Guadalupe Arroyo por ser condenado a muerte, pero aquí sobreviene su único golpe de fortuna. Aquel desgraciado del comienzo, el perseguido que encuentra en el tren —ahora en muy buena posición— le devuelve la mano y hace fusilar a otro en su lugar:

*El cadáver que salió retratado al día siguiente en los periódicos era el de un carnicero que dicen que se parecía mucho a mí. (p. 123).*

Guadalupe se reúne con su familia al otro lado de la frontera, en Texas, donde —explica en el breve epílogo— pasa los ocho años más aburridos de su vida. Cuando las condiciones políticas cambian finalmente, él y otros dos deportados de su grupo regresan a México como héroes. Uno se dedica a la agricultura, otro a la política y él a su familia y al comercio. Ya los generales no eran necesarios en tanta abundancia. Dice Ibargüengoitia en una "nota explicativa para los ignorantes en materia de historia de México", que "la solución a estas anomalías —(se refiere al exceso de generales que hubo hasta 1938)— la dio la Ley de Pensiones de Retiro y la Naturaleza". (p. 125).

Jorge Ibargüengoitia ha escrito una novela breve, concisa, directa, pero, sobre todo, divertida, en una buena línea de humor, donde el adecuado manejo del lenguaje se une a la comicidad de las situaciones que el novelista ha creado.

POLI DÉLANO

#### AMBROSE BIERCE: LA AMARGURA Y EL DIABLO.

No son pocos los casos de escritores que muy celebrados en su propia época, han sido después parcial o totalmente olvidados, a veces para siempre, otras hasta que algún crítico o historiador de la literatura los